EL SEÑOR ESTÁ CERCA

Seis meditaciones sobre la esperanza cristiana acerca del futuro.

Hugo Bouter

Título original:
The Lord is Near, publicado por Believer's Bookshelf, Canadá.

El Señor está cerca © Hugo Bouter, 2025

1ª edición en español: 2026 © Textorigen, España

ISBN 979 8-242-99555-0

Imagen de portada: ChatGPT
Diseño de portada: textorigen.com

Printed by Amazon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio autorizado, sin el permiso previo y por escrito de Textorigen.

Índice

1

La venida del Señor está cerca

He aquí, vengo pronto *11*
Las bendiciones del reino de paz venidero *14*

2

El nuevo cántico en los cielos y en la tierra

Digno es el Cordero *19*
El Salvador que canta *24*
El cántico nuevo en el Apocalipsis *27*

3

La esperanza de la Nueva Jerusalén

Los tiempos de las naciones *35*
El ejemplo de Daniel y sus amigos *37*
El que vence *39*

4

Los cielos se abrieron

Un nuevo comienzo *49*
Tres hechos acerca de la salvación *51*
Vemos a Jesús *54*

5

La casa del Padre

Una esperanza celestial *61*
El camino, la verdad y la vida *62*
Una comunión del presente *63*

6

He aquí, yo hago nuevas todas las cosas

El cumplimiento del fin *67*
La Nueva Jerusalén *68*
Una esperanza transformadora *68*

«He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas».

Apocalipsis 21:5

1

LA VENIDA DEL SEÑOR ESTÁ CERCA

He aquí, vengo pronto

La expectativa de la segunda venida de Cristo por su iglesia, que ha de acontecer pronto para llevarla a su gloria y aparecer con ella de forma gloriosa después, es típica de todo el Nuevo Testamento. Él no viene como Juez a buscar los suyos, sino como Salvador. Nos librará de la ira venidera y nos guardará de la hora de la prueba que vendrá sobre toda la tierra (1Ts 1:10; Ap 3:10).

Desgraciadamente, esta expectativa pronto cayó en el olvido durante los primeros siglos de nuestra era, sobre todo después del siglo III d. C., cuando el cristianismo se convirtió en la religión del Estado. La iglesia se estableció como una poderosa institución romana y razonó como el siervo malo de la parábola del capítulo veinticuatro de Mateo, pensando, incluso diciendo abiertamente: «Mi señor tarda en venir».

Este período, el de Agustín y de otros escritores cristianos clásicos, vio nacer la idea del «Israel espiritual», según la cual la iglesia habría recibido el lugar y los privilegios del pueblo del antiguo pacto de Dios. En consecuencia, desapareció para la iglesia la luz de la esperanza celestial y, en muchos otros aspectos, comenzó una época oscura en su historia. Fue como el viaje marítimo de Pablo en el capítulo veintisiete de los Hechos de los Apóstoles, cuando quienes viajaban con él no escucharon sus advertencias y acabaron en una tormenta en la que estuvieron durante muchos días sin ver la luz del cielo.

Pero hay restauración y la perspectiva de un nuevo comienzo cuando escuchamos las palabras de Pablo, es decir, la Palabra inspirada de Dios.

Por tanto, respondamos al grito del Espíritu y de la esposa: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22). Amemos su venida, vivamos en la expectativa de la bienaventurada esperanza y de la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (2Tim 4:8; Tit 2:13). Esperemos al Hijo de Dios, que ha de venir de los cielos y librarnos de la ira venidera —de la ira de Dios y del Cordero—, que se manifestará en los juicios que se desatarán

sobre este mundo (1Ts 1:10; Ap 6:16-17). Y preparémonos para salir a su encuentro como nuestro Esposo (Mt 25:5).

¿No es evidente que la iglesia se ha quedado dormida y ha adoptado expectativas tan terrenales como para perder de vista al Esposo celestial? Es de temer que muchos cristianos permanezcan dormidos a pesar de todas las señales que indican los tiempos del fin, como pueden ser:

- La restauración de Israel y el resurgir de las otras naciones en Oriente Medio: el brote de la «higuera» y de todos los árboles (Lc 21:29 ss.).

- La unificación de Europa, que lleva al restablecimiento del viejo Imperio romano (Dn 2 y 7; Ap 13 y 17).

- El declive de la cristiandad, la propagación de la incredulidad, la crítica bíblica y la inmoralidad (2Ts 2; 2Tim 3; 2P 2 y 3; 1Jn 2; Jud; Ap 2 y 3).

- El aumento de terremotos, guerras y catástrofes naturales (Lc 21).

Las bendiciones del reino de paz venidero

Después del regreso visible del Señor con todos sus santos habrá, sin embargo, un tiempo de bendición sin precedentes. ¡Qué día será ese para la tierra! Entonces se cumplirán todas las promesas de Dios, respectivamente para:

– El pueblo terrenal de Dios, la nación judía convertida en aquel entonces y reunida con las diez tribus, sometida asimismo a la autoridad de un solo Rey (Ez 37).

– La iglesia, que tiene un origen y un destino celestiales. Reinará con Cristo desde el cielo durante el reino de paz, en la Nueva Jerusalén, la sede celestial del gobierno de Jesucristo, que unirá el cielo y la tierra como una especie de «escalera de Jacob» (Ap 21).

– Las naciones de la tierra, que entrarán en el reino de paz después de los juicios de la Gran Tribulación y serán bendecidas con el pueblo restaurado de Israel. Las naciones caminarán a la luz de la ley que saldrá de Sion (Is 2:2-5).

La noche está muy avanzada, y el día está cerca. Caminemos en la luz del nuevo día que pronto amanecerá. ¡El cielo se abrirá para nuestro Señor y Salvador, y el nuevo cántico de los redimidos resonará en los cielos y en la tierra!

2

EL NUEVO CÁNTICO EN LOS CIELOS Y EN LA TIERRA

«Puso luego en mi boca cántico nuevo».

Salmo 40:4

Digno es el Cordero

El salmo 40 es uno de los salmos mesiánicos más hermosos, porque nos ofrece una descripción de todo el camino trazado por Cristo y del valor único de sus sufrimientos y de su muerte. Encontramos aquí una recapitulación de su encarnación (vv 7-9), del testimonio que dio entre el pueblo de Israel (vv 10-11), de sus sufrimientos en la cruz a causa de nuestros pecados —que Él hizo suyos y llamó «mis iniquidades» (vv 12-18)—, y del resultado glorioso que significó su resurrección de entre los muertos (vv 1-6).

El poeta comienza el salmo con este último asunto: la liberación de Cristo de las ataduras de la muerte, y el cántico de liberación como consecuencia. Después encontramos una visión de conjunto del camino que condujo a este glorioso resultado. Cristo se ha convertido en las primicias

de los que durmieron (1Co 15:20). Él, junto con los suyos, eleva el cántico nuevo de la redención. Dios puso en su boca una nueva melodía en la que también podemos participar: el cántico nuevo que resonará por toda la eternidad. Estamos con Él sobre el terreno nuevo y firme de la resurrección. Muchos lo verán y temerán, y confiarán en el Señor (Sal 40:4).

Aunque ahora estamos con Cristo como «sobre una roca», sobre el fundamento de la resurrección, nunca olvidaremos que esto vino precedido inevitablemente por su profunda humillación hasta la muerte de cruz. Aunque le conocemos como el Viviente, vuelve una y otra vez a nuestra memoria como Aquel que nos amó hasta el fin, que se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta morir en la cruz. Por toda la eternidad le veremos y alabaremos como el Cordero que fue inmolado y el que nos compró con el precio de su sangre (Ap 1:5-6). Este es el tema del cántico del cielo, un cántico nuevo, característico de la nueva dispensación inaugurada por la resurrección.

Este cántico nuevo se basa en el sacrificio de Cristo. Las cosas nuevas que han surgido ahora, están fundadas en su sacrificio perfecto. Él cum-

plió la ley, y su obra constituye el cumplimiento de los sacrificios del antiguo pacto. En el salmo se mencionan los cuatro tipos principales de sacrificios: sacrificios de paz y ofrendas vegetales, holocaustos y sacrificios por el pecado. A ellos también hace referencia Hebreos 10:5-9.

Los dos primeros eran sacrificios llamados «ofrendas de alimento»; los dos últimos constituían sacrificios por el pecado. En las ofrendas de alimento, el israelita ofrecía parte de su sustento al Señor y a los sacerdotes. El sacrificio de paz revestía incluso el carácter de una comida compartida en la que participaban el Señor, el sacerdote y el oferente. Este sacrificio es una imagen del sacrificio de Cristo como fundamento de una comunión pacífica entre Dios y su pueblo redimido, y de nuestra mutua comunión como hijos de Dios. Tenemos comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1:3).

La ofrenda vegetal era un sacrificio incruento y, por tanto, una imagen de la vida perfecta de Cristo, totalmente consagrada a Dios como Hombre aquí en la tierra. Esta vida culminó en su muerte sacrificial, en la que su entrega al Padre alcanzó su plenitud. Según las leyes sacrificiales del

Antiguo Testamento, nunca se ofrecía un holocausto sin una ofrenda vegetal que lo acompañara. Del mismo modo, el valor de la muerte sacrificial de Cristo se fundamenta en su humanidad pura. Fue este hombre único, quien entregó su vida en la muerte, lo que otorgó a su sacrificio un valor incomparable.

Tanto el holocausto como el sacrificio por el pecado eran sacrificios expiatorios por la persona y por los pecados del oferente, respectivamente. El aspecto del holocausto de la obra de Cristo sobresale en el Salmo 40. El holocausto se ofrecía íntegramente a Dios sobre el altar, y su aroma agradable subía ante el rostro de Dios. Este sacrificio es una imagen de Cristo ofreciéndose enteramente a Dios en la cruz como ofrenda y sacrificio fragante (Ef 5:2; He 9:14).

Él vino con el propósito expreso de hacer la voluntad de Dios. Quiso glorificarle precisamente en el lugar donde el pecado del hombre había deshonrado a Dios. Para ello se ofreció de manera voluntaria y completa: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado» (Sal 40:8; He 10:7). Este aspecto de la obra de Cristo —el del holocausto— también lo encontramos en el evangelio de Juan.

El mandamiento del Padre entrañaba que Él debía poner su vida, pero también que tenía autoridad para volver a tomarla. Cristo cumplió la voluntad de Dios, glorificó al Padre en la tierra y acabó la obra que se le había encomendado.

El aspecto del sacrificio por el pecado se menciona también en el salmo 40 (vv 7, 13), pero es más propio del salmo 22. Ahí vemos el sufrimiento de haber sido abandonado por Dios, el cual sobrevino a Cristo durante las tres horas de tinieblas. Entonces se convirtió en el portador del pecado y Dios tuvo que ocultar de Él su rostro santo. Lo puso en el polvo de la muerte. Cristo fue hecho pecado por nosotros y gustó la muerte del pecador. La santa ira de Dios contra el pecado se indicaba simbólicamente en las leyes sacrificiales mediante el mandato de quemar fuera del campamento los sacrificios por el pecado, cuya sangre se introducía en el santuario. De este modo, Cristo sufrió en absoluta soledad el fuego del juicio divino.

El salmo 22, sin embargo, no solo menciona los sufrimientos que provenían de Dios, sino también, y de manera más explícita, los sufrimientos que Cristo padeció de parte de los hombres, que

le rodearon como perros y como una banda de malhechores. En el versículo 22 se produce el gran giro, cuando en la resurrección recibe la respuesta de Dios a todos sus sufrimientos.

La segunda parte del salmo 22 describe los gloriosos resultados de la obra de la redención (vv 23-32). Ahí vemos las ricas bendiciones para la iglesia, para el pueblo de Israel y para todas las naciones en el reino de paz.

El Salvador que canta

Cristo inicia ahora el cántico de salvación en medio de sus redimidos, a quienes llama sus hermanos y les anuncia el nombre del Padre. Este es el privilegio especial de la iglesia, reunida de entre judíos y gentiles durante el tiempo del rechazo de Cristo (Sal 22:23; Jn 20:17; He 2:12). De este modo, el salmo 22 se vincula de forma muy clara con el cántico nuevo del salmo 40, versículo 4.

Después de su resurrección, Cristo canta las alabanzas de Dios en medio de los redimidos. Nos llama sus hermanos, y el Padre nos llama sus hijos. Hemos llegado a ser hijos de Dios en virtud de

la obra consumada de Cristo. Él fue escuchado a causa de sus padecimientos, por ello puede entonar el cántico de alabanza a su Dios y Padre. Dios le respondió y lo libró de las ataduras de la muerte. Quienes le conocemos podemos repetir las palabras de este cántico: «Murió por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación». Estamos unidos a Él para siempre y, por medio de Él, somos salvados del poder del pecado, de la muerte y Satanás. Nos encontramos sobre un fundamento completamente nuevo delante de Dios, por eso podemos cantar de la gran salvación que hemos experimentado de la misma manera que en la antigüedad Israel cantó de la liberación de Egipto a través del Mar Rojo, bajo la dirección de Moisés, que también encabezó el cántico.

En el cristianismo, tratamos con todas esas cosas nuevas. El cántico nuevo las expresa de manera especial, pues realza el gozo y la alegría ligados a estas novedades, que de forma natural despiertan la alabanza en el corazón del creyente. ¿No deberíamos dar gracias a nuestro Dios y Padre por las maravillosas cosas que ha realizado por medio de la obra de su Hijo? Si ya la primera creación provocó un cántico de júbilo, de modo que todos

los hijos de Dios proferían notas de alegría (Job 38:4-7), ¿no debería la nueva creación —de la que somos las primicias— generar gratitud y adoración en nuestros corazones?

Vivimos en una nueva dispensación y disfrutamos de las bendiciones del nuevo pacto, sellado con la sangre de Cristo (1Co 11:25; 2Co 3:6). En Cristo también somos una nueva creación: lo viejo ha pasado, he aquí que todo se ha hecho nuevo (2Co 5:17; cf Ap 21:4-5). Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús (Ef 2:10). Por este motivo, el Nuevo Testamento habla de un nuevo tipo de hombre: un hombre nuevo, el nuevo hombre (Ef 2:15; 4:24; Col 3:9). Este hombre nuevo existe ahora conforme a Cristo, ha sido creado según Dios en justicia y santidad verdaderas. Más aún que Adán, manifiesta la imagen y semejanza de su Creador, pues estamos unidos al Señor resucitado, que, como el último Adán, configura una nueva familia como Cabeza.

Cristo ha sacado a la luz una vida nueva, una vida que procede de más allá de la muerte y del sepulcro. Por su Espíritu, también ha comunicado esta vida a los suyos, del mismo modo que la insufló en los discípulos después de resucitar.

Así pues, podemos andar en novedad de vida, servir a Dios en novedad de espíritu y no en la antigüedad de la letra. Nuestro Señor nos ha dado un mandamiento nuevo, y aún ha de darnos un nombre nuevo (Jn 13:34; Ap 2:17). La nueva Jerusalén, la morada de Dios y del Cordero, será también nuestro hogar (Ap 21:2). Esta ciudad santa está relacionada con los nuevos cielos y la nueva tierra (2P 3:13; Ap 21:1). Como ya se ha indicado, el cántico nuevo expresa de manera especial las cosas nuevas que ahora conocemos por la fe y que pronto se verán gloriosas a la venida de Cristo.

El cántico nuevo en el Apocalipsis

La expresión «cántico nuevo» aparece únicamente en el Apocalipsis (Ap 5:9; 14:3). Su capítulo cinco relata la alabanza que los veinticuatro ancianos rinden en el cielo. Estos representan a los santos glorificados que se hallan allí tras ser arrebatada la iglesia. No cantan solo sobre su propia redención por la sangre del Cordero, sino que el contenido de su cántico expresa la redención de otros por esa misma sangre: los creyentes de

Israel y de todas las naciones de la tierra. Cristo fue inmolado y compró, con su sangre, personas de toda tribu, lengua, pueblo y nación para Dios, convirtiéndolos en un reino y en sacerdotes. Los veinticuatro ancianos también cantan sobre la dignidad del Cordero para imponer el orden en esta tierra mediante los juicios que ejercerá.

Será un tiempo lleno de acontecimientos, cuando los juicios de Apocalipsis 6-18 caigan sobre la tierra, pero la iglesia, en reposo celestial, rodea el trono del Cordero y se postra en adoración delante de Él. En su adoración, eleva el cántico nuevo, consciente de que quien está sentado en el trono hará nuevas todas las cosas. Sabe que incluso en esos tiempos turbulentos, Dios reunirá un pueblo, una multitud de redimidos tanto de Israel como de las naciones por medio de la proclamación del evangelio del reino venidero. Es bueno no pensar solo en nuestros intereses, sino también en los de otras familias de redimidos y, sobre todo, en los del Redentor. Esto queda claramente reflejado en el contenido de este cántico de los veinticuatro ancianos.

En Apocalipsis 14, el cántico nuevo es entonado por otros cantores, dado que leemos que se

canta delante del trono y ante los ancianos. Es como si el que entonaron primero ellos fuera retomado por otros santos al continuar sus notas; aquí debemos pensar principalmente en los mártires judíos, así como en sus hermanos que sobrevivan a la Gran Tribulación (Ap 15:2-3). De este modo, el cántico resuena tanto en el cielo como en la tierra: delante del trono lo cantan quienes sellaron su testimonio con sus vidas y en la tierra lo aprenden sus hermanos, que permanecen con el Cordero en el monte de Sion.

Esto nos devuelve al punto de partida: el cántico nuevo tal como aparece en el salmo 40:4 y otros pasajes (Sal 33:3; 96:1; 98:1; 144:9; 149:1). En último término, se trata del cántico que cantará el remanente de Israel al comienzo del reino de paz. La manifestación del Mesías lo cambiará todo para su pueblo e inaugurará una era totalmente nueva de bendición. Brotará lo nuevo y se cantará al Señor un nuevo cántico que resonará hasta los más remotos confines (Is 42:9-10).

Justicia, paz y gozo son las características del reino venidero. En un sentido espiritual, ahora ya disfrutamos de los privilegios del reino de paz, pues la iglesia en el cielo tiene una porción espe-

cial. Podemos cantar con gozo el cántico nuevo junto a nuestro Señor resucitado. Y pronto resonará en toda la tierra. Somos los primeros de los muchos que se unen al cántico que Cristo nos enseña a cantar (Sal 40:4). ¿Podríamos quienes hemos llegado a conocer el valor de su Persona y su obra permanecer en silencio? ¿No cantaremos de la grandeza de nuestro Salvador y de su sacrificio en nuestros himnos de alabanza y de acción de gracias?

El Espíritu de Cristo da testimonio a nuestro espíritu de que hemos llegado a ser hijos de Dios por medio de su obra consumada. Y si somos hijos de Dios, también somos adoradores que alaban al Padre en espíritu y en verdad. El Padre nos llama sus hijos, y el Hijo nos llama sus hermanos. ¡Cuántas bendiciones nos han sido concedidas! En medio de esta compañía se eleva el cántico de alabanza a la gloria de Dios y del Cordero, el cántico nuevo que resonará por toda la eternidad y cuyo eco se oirá en los cielos y en la tierra.

Cantad un cántico nuevo a nuestro Señor,
el gran Dios que ha hecho tantas maravillas.

3

LA ESPERANZA DE LA NUEVA JERUSALÉN

«En su aposento alto tenía ventanas abiertas hacia Jerusalén; y tres veces al día se arrodillaba, oraba y daba gracias delante de su Dios».

Daniel 6:11

Los tiempos de las naciones

Daniel vivía como exiliado en Babilonia lejos de Jerusalén, la ciudad del Dios de sus padres. Se había producido un gran giro en la historia del pueblo de Dios tras su caída y conquista por Nabucodonosor, rey de Babilonia. La ciudad escogida ya no formaba la sede del gobierno de Dios en la tierra. El pueblo de Israel se había convertido en *Lo-ammi*, es decir, «no-mi pueblo». Dios ya no podía reconocerlo como la nación con la que estaba asociado y en cuya capital ejercía su justo gobierno.

En el libro de Daniel encontramos a Dios como el Dios del cielo, porque se había retirado de su trono en Jerusalén y lo había ubicado en la esfera celeste. En su lugar, confió su gobierno en manos de un nuevo soberano, Nabucodonosor, que ejercía dominio absoluto sobre hombres y

bestias, y entregó su pueblo y su ciudad en manos de este gobernante mundial, inaugurando una era completamente nueva conocida como «los tiempos de las naciones» (Lc 21:24).

Este período, en el que no Israel, sino las naciones, ocupan el primer plano, continuará hasta el regreso de Cristo y la instauración de su reino. Tras el fin de la historia de los cuatro imperios mundiales, el Dios del cielo establecerá un reino eterno, el reino del Hijo del Hombre (Dn 2:44-45; 7:13-14). Entonces Israel será restaurado como pueblo de Dios, y Jerusalén volverá a ser el centro del dominio mundial.

Se puede trazar una línea desde Adán, primer gobernante de la tierra (Gn 1:28), pasando por David y Salomón, que ocuparon el trono del Señor en Jerusalén (1Cr 29:23), y llegar hasta Cristo, el verdadero Príncipe de Paz a quien serán sometidas todas las cosas en los cielos y en la tierra (Sal 8:7; 1Co 15:24-27). El reinado del Mesías pondrá fin al dominio de las naciones, que han fracasado lo mismo que Israel y también han dado la espalda al Dios verdadero. Cristo, la Piedra de Daniel 2 y el Hijo del Hombre de Daniel 7, es lo opuesto a Nabucodonosor, cabeza de las naciones, que

pronto perdió su derecho moral al dominio del mundo. Cuando llegue el reino mesiánico, al fin aparecerán la justicia y la paz.

El ejemplo de Daniel y sus amigos

El libro de este profeta no es significativo solo porque nos muestre el curso de los acontecimientos mundiales. En relación con (y en frecuente contraste) la historia de los imperios del mundo, nos muestra el destino del remanente del pueblo de Dios, representado aquí por Daniel y sus tres amigos. Esto hace que sea tan interesante el libro, pues en este remanente leal también podemos ver la imagen de un resto fiel entre una cristiandad en decadencia.

El libro de Daniel contiene, por tanto, muchas lecciones actuales para nosotros. Al fin y al cabo, ahora es el tiempo en que el juicio debe comenzar por la casa de Dios (1P 4:17). Así como el Israel infiel fue apartado entonces, también es inminente el juicio sobre el testimonio actual de Dios en la tierra. Vivimos tiempos serios en los que Dios sigue buscando un remanente que se aferre a su

palabra y esté vinculado al lugar donde Él ha hecho habitar su nombre.

Al igual que Jerusalén —la ciudad del gran Rey— continuó desempeñando un papel importante en la vida de Daniel, deberíamos conceder nosotros gran valor a la Jerusalén celestial, es decir, a la iglesia del Dios vivo como portadora de la luz divina en la tierra (Mt 5:14; 1Tim 3:15).

Daniel tenía las ventanas de su aposento abiertas a la ciudad de Jerusalén. Cuando oraba —lo hacía tres veces al día—, ponía la mirada en la ciudad de sus padres. Su corazón estaba en el lugar donde Dios había querido que habitara su nombre, una ciudad ahora reducida a cenizas. En el capítulo 9 vemos la forma en que suplicaba en oración por la ciudad santa, confiando en la palabra profética. Por ello, recibió también una visión del futuro restablecimiento de Jerusalén, como indica la conocida profecía de las setenta semanas (Dn 9:24-27).

Esta debería ser nuestra actitud hacia la iglesia como morada de Dios. ¿Nos preocupa su bienestar? ¿Nos interesan sus asuntos? ¿Tenemos la mirada puesta en la iglesia, como es el pensamiento de Dios, a pesar de todos los fracasos humanos

que han arruinado tantas cosas hermosas? Si es así, y si, como Daniel, intercedemos por la ciudad y el pueblo de Dios, Él también nos ofrecerá una maravillosa visión del futuro de Su ciudad.

Entonces podremos esperar con el ojo de la fe la nueva Jerusalén celestial, que pronto descenderá del cielo en su belleza resplandeciente. La palabra profética es firme ya desde ahora (2P 1:19). Los planes de Dios no fallan, y sus propósitos respecto a la iglesia, tan íntimamente unida a Él y al Hijo de su amor, se cumplirán gloriosamente. La fe puede apoyarse en ello; tiene las «ventanas abiertas» hacia la ciudad santa del cielo.

El que vence

Mientras tanto, procuraremos aferrarnos a la Palabra de Dios en todo. Será nuestro deseo, en medio de la decadencia y la apostasía, contarnos entre los vencedores que escuchan lo que el Espíritu dice a las iglesias. Manifestaremos las características de un remanente fiel que busca vivir la verdad de la iglesia como templo y ciudad de Dios, como esposa y cuerpo de Cristo.

En Daniel vemos a alguien que recibió una comprensión de los pensamientos de Dios en un entorno hostil. También vivimos como extranjeros en un mundo donde la idolatría es predominante. Estamos rodeados por una babilonia cristiana donde el servicio rendido a Dios se mezcla con el de los ídolos (cap. 5:3-4). Sin embargo, podemos conocer los pensamientos divinos respecto al futuro del mundo y de la cristiandad. Las epístolas del Nuevo Testamento y Apocalipsis nos revelan cosas que han de suceder pronto. Este conocimiento de la Palabra de Dios y la comprensión de sus pensamientos son un medio importante para resistir las influencias negativas que nos rodean. De esta manera podremos comportarnos como sabios y se reconocerá que el Espíritu de Dios mora en nosotros, que hay en nosotros luz, entendimiento y sabiduría (caps. 5:14; 11:33).

La preservación y la iluminación interior del remanente del pueblo de Dios en un entorno idólatra es un tema importante en el libro de Daniel. El nombre de este profeta significa «Dios es juez». Dios defiende a su pueblo y hace justicia. Lo sostiene en medio de las dificultades y le concede la ayuda de su Espíritu.

En el capítulo 1, vemos la decisión de Daniel y de sus amigos de no contaminarse con la comida y la bebida del rey, que eran consagradas a los ídolos. Dios recompensó su fidelidad y los bendijo en cuerpo y alma. Su sabiduría y su conocimiento superaron a los de todos los demás en la corte.

Daniel 2 presenta, bajo la forma de un sueño, los imperios del mundo reflejados en una gran estatua con forma humana. Nabucodonosor y su imperio están representados por la cabeza de oro. Esta impresionante estatua muestra a los poderes mundiales en su relación con Dios y en su responsabilidad ante Él, pues el hombre es una criatura responsable. Dios había dado todo el poder a Nabucodonosor y también podía pedirle cuentas. El profeta y sus compañeros fueron preservados, al recibir entendimiento sobre el curso de la historia mundial.

En Daniel 3, Nabucodonosor ordenó la fabricación de esa estatua de oro con el fin de afianzar su poder y someter a sus súbditos también en un sentido religioso. Abusó del poder que Dios le había dado y cayó en la idolatría, dándole la espalda al Dios verdadero y creyéndose un dios ante el que todos debían inclinarse. La decisión de los

amigos de Daniel de no prosternarse ante ningún ídolo fue probada con fuerza, pero Dios los ayudó concediéndoles salvación y librándolos del horno de fuego. El Hijo de Dios estaba con ellos y rompió sus ataduras: «En toda angustia de ellos, él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó» (Is 63:9).

Daniel 4 trata de la soberbia de Nabucodonosor y de su posterior locura, pero también de su reconocimiento final del Dios Altísimo. Al separarse de Dios, el hombre se degrada hasta un nivel que lo aproxima a la animalidad, sin vínculo razonable con lo divino. En este capítulo, Daniel actúa como consejero del rey y lo llama al arrepentimiento.

En el capítulo 5, la actuación del profeta es más directa, pues anuncia claramente un juicio. La forma de iniquidad que encontramos aquí es más avanzada que en el capítulo 4. Allí se trataba de la soberbia humana, de la autoexaltación que no reconocía al Dios verdadero; aquí se blasfema abiertamente el santo nombre de Dios, al utilizar los utensilios del templo para adorar a los ídolos.

Daniel 6 marca el punto más bajo de este desarrollo, dado que toda religión es abolida y sustituida por la adoración de un hombre. Se promulgó

el mandato de que nadie podía invocar a ningún dios ni hombre salvo al rey (Dn 6:8). Daniel, sin embargo, perseveró en el servicio del Dios vivo y verdadero; se le halló orando y elevando sus súplicas. Veamos el contraste entre este hombre, consciente de su total dependencia de Dios, y la iniquidad que le rodeaba:

– La maldad en el hombre, que se erige un ídolo para sí mismo (Dn 3).

– El hombre, que se glorifica siempre a sí mismo (Dn 4).

– El mal del hombre, que mezcla el servicio al Dios verdadero con el de los ídolos y desprecia al primero (Dn 5).

– El hombre, que finalmente se coloca abiertamente en el lugar de Dios (Dn 6).

Pero el santo fiel fue librado del foso de los leones, dado que Dios honra a los que le honran (1S 2:30). Tengamos en cuenta el ejemplo de Daniel y de sus amigos para que seamos conscientes

de nuestra dependencia de Dios y mantengamos nuestras «ventanas» abiertas hacia lo alto, todo en un mundo que sigue llevando la marca de la iniquidad y la idolatría que el libro de Daniel describe tan acertadamente, y que pronto alcanzará su culminación en la gran Babilonia y en el poder de la bestia de Apocalipsis 13 y 17.

Cantad un cántico nuevo a nuestro Señor,
el gran Dios que ha hecho tantas maravillas.

4

LOS CIELOS SE ABRIERON

«Y Jesús, después de ser bautizado, subió luego del agua; y he aquí, los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y venía sobre Él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

Mateo 3:16-17

Un nuevo comienzo

Este es el primero de una serie de pasajes del Nuevo Testamento que hablan de unos cielos abiertos. ¿Para quién se abren aquí los cielos? Para el Hijo del Padre, que siempre había sido el deleite del cielo. Él se había encarnado y había descendido del cielo a la tierra. Los cielos se abrieron sobre Él para dejar claro que seguía siendo el objeto del agrado del cielo, incluso en su humillación en la tierra.

El Señor se había unido mediante el bautismo al remanente arrepentido de Israel. ¿Era Él uno de ellos? Todos los demás eran pecadores, pero en Él el cielo no podía hallar nada sino perfección, santidad y justicia. Por eso el Espíritu de Dios descendió sobre Él en forma de paloma, y el Padre pronunció las palabras: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Esto sucedió al co-

mienzo de su ministerio público, y así continuó todo. Estas palabras se repitieron una vez más en el monte de la transfiguración, cuando el Señor estaba a punto de concluir su ministerio.

El bautismo del Señor Jesús es una escena hermosa en la que intervienen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aquí se manifiesta la Trinidad divina:

- El Hijo, en su humillación en la tierra.

- El Padre, que no pudo guardar silencio y abrió los cielos sobre Él.

- El Espíritu Santo, que descendió sobre este hombre puro y único para capacitarlo para la obra de su vida.

Fue un comienzo totalmente nuevo en la historia de la humanidad, con el cielo íntimamente implicado en lo que sucedía en la tierra. El Hijo había venido como testigo de las cosas celestiales (Jn 3:11-13). Vino a dar a conocer al Padre, y, en el bautismo de Jesús, el Padre le puso su sello y le dio su aprobación. Pero, por desgracia, el mundo

no lo conoció y los suyos no lo recibieron (Jn 1:10-11). El Señor fue rechazado y finalmente clavado por los suyos en la cruz. Fue levantado de la tierra, y el cielo lo recibió hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas, como se expresa en Hechos 3:21. En Pentecostés, sin embargo, el Espíritu Santo fue derramado en la tierra y aquí nació la iglesia. El Señor glorificado en el cielo envió al Espíritu para reunir a la iglesia y prepararla para el cielo.

Tres hechos acerca de la salvación

Nuestra posición como seguidores de Cristo está determinada por estos tres acontecimientos, de los cuales solo el último es aún futuro:

1. Cristo fue recibido en el cielo después de haber glorificado al Padre en la tierra con su vida y su muerte, y de haber completado la obra de la redención en la cruz. Fue exaltado tras su profunda humillación cuando descendió a la muerte y al sepulcro (Ef 4:9).

2. El Espíritu descendió del cielo para habitar en la iglesia a causa de la obra consumada de Cristo, a fin de prepararla para la gloria. Él la introducirá en la casa del Padre con sus muchas moradas. El Espíritu Santo es la garantía de nuestra salvación, que veremos revalidada en la venida de Jesucristo.

3. Cristo regresará, primero para llevarse a la iglesia al cielo, y después para aparecer con ella en gloria y reinar con los santos durante el reino de paz. Entonces establecerá el dominio del cielo sobre la tierra, la misma que en otro tiempo lo rechazó.

La posición de los discípulos de Cristo adquirió un carácter totalmente nuevo tras la ascensión. Trataban con un Señor en el cielo, coronado de gloria y de honra. Por la fe lo veían allí, y también lo esperaban desde los cielos. Mientras, el Espíritu Santo había descendido y dirigía su mirada hacia el Señor glorificado. Es el Espíritu Santo quien habita en nosotros, pues estas cosas se aplican a todos los que son de Cristo. Nos une a Él y nos

hace mirar con anhelo su regreso. Por la fe fijamos los ojos en Jesús (He 12:1-3). Es el poder del Espíritu Santo el que obra todo esto en los creyentes. Cristo ha sido coronado de gloria y de honra y se ha sentado a la diestra del trono de la majestad en las alturas.

Así pues, como cristianos no solo tenemos un Padre en los cielos, sino también un Señor en los cielos. Es el hombre Jesucristo quien está sentado a la diestra divina. Por ello vivimos ahora bajo un cielo abierto, como vemos claramente en el libro de los Hechos. Ya en el primer capítulo se dice claramente la nueva posición que ocupaban los discípulos:

- Miraron al Señor y lo vieron ser recibido en el cielo.

- A los pocos días iban a ser bautizados con el Espíritu Santo.

- Se les dijo también que el Señor, que había sido tomado de entre ellos al cielo, volvería de la misma manera. Sus pies se afirmarán de nuevo sobre el monte de los Olivos (Zac 14:4).

Hechos 7 desarrolla aún más este tema: Esteban, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo abierto y vio la gloria de Dios y al Hijo del Hombre en pie a la diestra divina. Este principio se nos aplica también como creyentes, pues «vemos a Jesús... coronado de gloria y de honra» (He 2:9). Lo vemos por la fe; el Espíritu Santo dirige nuestra mirada hacia Él.

Además, mientras el Señor no regresa aún, se nos dice que los santos que han partido están unidos con Cristo en el cielo. Esteban exclamó: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7:59). Ellos descansan con Cristo en el paraíso hasta el momento de la resurrección.

En Hechos 9 vemos cómo el apóstol Pablo llegó a conocer al Señor glorificado y fue llamado desde el cielo para cumplir su misión especial. Su tarea consistía en dar testimonio del Señor que estaba en el cielo, al que había conocido de una manera tan singular, y también de la vocación celestial de la iglesia, que forma una unión con su Cabeza. La conversión de Pablo dejó una profunda huella en su vida y ministerio. A partir de en-

tonces, vivió en estrecha relación con su Maestro celestial y se fijó un solo objetivo: conocerle en la gloria y ser conformado a Él (Fil 3).

Los cielos se abrieron para Cristo, pero también se abren para nosotros. Es un gran privilegio que no debemos a nosotros mismos, sino a Él. Cuando el cielo se nos abre, nuestra atención no se centra en nosotros, sino en el Señor que entró en el cielo y nos preparó el camino. Esto se indica claramente en la historia de Esteban, que fijó su mirada en el Hijo del Hombre en un cielo abierto.

El propio Señor había dicho a uno de los primeros discípulos, Natanael, cuando este le reconoció como Hijo de Dios y Rey de Israel: «Verás cosas mayores que estas... De aquí en adelante, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre» (Jn 1:51). Nuestra mirada está ahora puesta en el Hijo del Hombre exaltado, como confirman las epístolas del Nuevo Testamento. La mirada de los ángeles, en efecto, la mirada del cielo, está fijada en el Hijo del Hombre.

La expresión «de aquí en adelante» no aparece en todos los manuscritos. Sin duda, los ángeles sirvieron al Hijo del Hombre durante Su vida te-

rrenal, pero los discípulos, en la mayoría de los casos, no lo vieron. Aunque ahora, por la fe, podemos mirar al cielo abierto, el Señor posiblemente se refiere aquí al tiempo de su regreso y de su reinado sobre la tierra entera, lo que va más allá de su dominio como Rey sobre Sion. La escalera que Jacob vio en su sueño será entonces una total realidad. Habrá armonía entre el cielo y la tierra, una conexión visible a la vista de todo el mundo, y los ángeles le servirán.

Juan en Patmos también miró al cielo abierto y contempló acontecimientos futuros (Ap 4:1). Estos hechos culminan cuando Cristo regresa: «Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea» (Ap 19:11). El cielo se abre de nuevo para enviar a Cristo a la tierra, ya no en humillación, sino en gloria y majestad. Él es Rey de reyes y Señor de señores. Bienaventurados los que están unidos a Él y le seguirán en su marcha triunfal.

Como cristianos, le esperamos desde el cielo como Aquel que nos libra de la ira venidera, de los juicios del tiempo del fin (1Ts 1:10). Él nos introducirá en su gloria, y así estaremos siempre con

el Señor (1Ts 4:15-18). Luego regresaremos en su compañía y seremos manifestados de manera gloriosa. ¿Vive esta esperanza en nuestros corazones, de modo que respondamos al grito del Espíritu y de la esposa? Si es así, podemos decir de corazón: «¡Ven, Señor Jesús!».

5

LA CASA DEL PADRE

«En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros».

Juan 14:2

Una esperanza celestial

Con estas palabras, el Señor Jesús abrió ante los suyos una perspectiva completamente distinta. Hasta entonces, la esperanza del pueblo de Dios había estado ligada principalmente a la tierra y al reino venidero. Ahora el Señor habla de una casa en el cielo, de la casa del Padre, de un lugar preparado allí para los suyos.

La casa del Padre no es simplemente el cielo como ámbito de la gloria divina, sino el lugar de comunión íntima con el Padre y con el Hijo. El Señor no dice «en el cielo hay muchas moradas», sino «en la casa de mi Padre...». Se trata de una relación familiar, no solo de una posición gloriosa.

El Señor iba a dejar a los discípulos. La tristeza llenó sus corazones, pero los consuela con esta promesa: su partida no significaba abandono, sino preparación. Él iba a la cruz, a la resurrección y

a la ascensión para abrir el camino a la casa del Padre y prepararles allí un lugar.

Esta promesa no hace referencia a la muerte del creyente, sino a la venida del Señor. Él mismo lo aclara: «Vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Jn 14:3). No dice que nos llevará al cielo al morir, sino que vendrá para llevarnos a la casa del Padre.

El camino, la verdad y la vida

Ante la pregunta de Tomás, el Señor pronuncia una de las declaraciones más profundas del Evangelio: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Jn 14:6). No solo muestra el camino: *Él* es el camino. El acceso a la casa del Padre pasa necesariamente por aceptar a la Persona del Hijo.

El Señor revela aquí que el destino final del creyente no es simplemente la gloria, sino el Padre. La redención nos conduce a una relación filial. Hemos sido hechos hijos, y como hijos tenemos un hogar: la casa paterna.

Esta verdad distingue de manera clara el cris-

tianismo de toda religión. No se trata de alcanzar un estado, ni de merecer una recompensa, sino de ser introducidos en una relación viva con Dios como Padre por medio del Hijo, y en el poder del Espíritu Santo.

Una comunión del presente

Aunque la casa del Padre es nuestra esperanza futura, la comunión con Él y con el Hijo es ya una realidad presente. El Señor dice: «Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él».

No se trata de las moradas en el cielo, sino de la presencia del Padre y del Hijo en el creyente por medio del Espíritu. La comunión futura tiene su anticipo en la comunión del presente. Vivimos ya en relación con el cielo, aunque aún caminemos en la tierra.

Esta doble verdad —la morada de Dios en nosotros ahora, y nuestra morada futura en la casa paterna— llena el corazón de paz y esperanza. Somos peregrinos aquí, pero no sin hogar. Nuestro hogar está arriba, y el Padre mismo nos espera allí.

6

HE AQUÍ, YO HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS

«Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas».

Apocalipsis 21:5

El cumplimiento del fin

Con estas palabras se alcanza el punto culminante de la revelación bíblica.

Después de los juicios, del reino milenario y del último acto del gobierno de Dios, aparece una escena completamente nueva: nuevos cielos y nueva tierra en los que mora la justicia. Aquí ya no se trata solo de restauración, sino de una creación nueva.

La primera creación, marcada por el pecado y la muerte, es cosa del pasado. Dios introduce un orden eterno en el que no hay más dolor, ni clamor, ni muerte. Todo lo antiguo ha desaparecido y ha quedado disuelto. La voz procede del trono. Es el propio Dios quien declara que hace nuevas todas las cosas. No es ninguna obra del hombre ni el resultado de un proceso humano, sino el acto soberano del Dios eterno.

La Nueva Jerusalén

En el centro de esta escena aparece la Nueva Jerusalén, que desciende del cielo, de Dios, preparada como una esposa ataviada para su esposo. Es la iglesia en su estado eterno, glorificada y adaptada a la gloria de Dios y del Cordero.

La ciudad no es descrita como un lugar de actividad humana, sino como la morada de Dios con los hombres. Dios habita con ellos. Ya no hay templo, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo. Tampoco sol ni luna, porque la gloria de Dios la ilumina.

La relación que ahora conocemos por la fe será entonces plena y visible. Dios será todo en todos. Su propósito eterno, concebido antes de la fundación del mundo, habrá alcanzado su cumplimiento.

Una esperanza transformadora

Esta perspectiva no se nos da para alimentar nuestra curiosidad, sino para transformar nuestra vida presente. Vivimos a la luz de lo eterno. Sa-

bemos hacia dónde vamos y con quién estaremos para siempre.

El Espíritu y la esposa dicen «ven». Y el que oye, diga «ven». Esta es la respuesta del corazón que vive en comunión con el cielo y espera al Señor.

Hasta que Él venga, caminamos por fe, con los ojos puestos en Jesús, su Autor y Consumador. Pronto la fe se convertirá en visión, la esperanza en plena posesión, y el cántico nuevo resonará sin fin en la gloria de Dios y del Cordero.

«Al que da testimonio de estas cosas,
dice: Ciertamente, vengo en breve.
Amén; sí, ven, Señor Jesús».